

Pluma y Lapiz

PERIÓDICO ILUSTRADO

20
CÉNTIMOS

ADMINISTRACIÓN - BUSQUETS HERMANOS CALLE DEL OLMO Nº 8.





DESDE LA PUERTA DEL SOL

(Crónicas cortesanas)

Por donde quiera que uno vaya se las encuentra... Aquí se tropieza el transeunte con una morena de ojos negros, con las primeras flores del año prendidas en la cabellera, el pañuelo de crespón terciado, y el amplio vestido de cola arras-trando... Allí salta al paso una hija del profeta, blanca como la leche, de negro pelo, rebujada en orientales túnicas de seda... Allá surge una frescachona y dulce aldeana, con sus arracadas y su dengue y su delantalillo... Acullá se presentan dos matronas graves, hermosas, con sus trajes de señorío y sus basquiñas de día de fiesta...

Todas muestran el rostro inundado en llanto, y en sus miradas resplandece el desaliento... Sin dar treguas al descanso, sin rendirse á la fatiga, suben, bajan, entran, salen, visitan, saludan, hablan, piden y ruegan... Por donde quiera que van las acompaña la simpatía, y cualquiera que sea el resultado de su peregrinación, los mismos gobernantes á quienes acuden, las reciben con agrado, interesados por su suerte, y procurando atenuar el golpe que la necesidad les descarga.

¿Sus nombres? Sevilla la de las férias, Granada la de la Alhambra, Coruña la de las romerías, Burgos la de la catedral, Valladolid la de San Pablo...

Una doncellita francesa, un malagueño rico, y el amor por medio... Habría motivo para componer una opereta si la muchacha no fuera una persona honrada y si la lúgubre silueta del asesinato no ennegreciera el cuadro con sus negras tintas... El revólver se ha dejado oír, como diría uno de los diputados nuevos, ávidos de hablar en discurso; hay una señora respetable, la condesa de Gomar, herida de cuidado; la misma jóven, causa involuntaria del crimen, ha salido del lance con una contusión... Lo que prometía ser idilio de los veinte años, se ha convertido en tragedia; la figura del mozo galante se ha trocado en la del hombre fiera, que arrastrado por su apetito, mata de despecho, viendo fallidos sus propósitos, y vuelve luego el arma contra su propia sien.

Es un hecho eterno, tan antiguo como la humanidad; siempre se han desbordado las pasiones, pero en estos tiempos «fin de siglo» se repite de un modo espantable; amor contrariado, mujer muerta. No parece sino que el despotismo de los autócratas, imperioso y ciego, relegado por el progreso de los tiempos á las páginas de la historia, al eclipsarse de la vida pública para no resucitar, ha ido á refugiarse á la conciencia individual y tiene su asiento en cada corazón...

—Lo que es como me coja la mamá se descubre la trampa... Debo de oler á primavera. ¡Qué diablo de chica! ¡Cuidado con guardar entre mis hojas de devocionario los pensamientos regalados por el novio!...

—Soy la pulsera de moda... No hay brazo elegante de mujer que no lleve liadas dos ó tres vueltas de rosario...

—Pues sí, el último padre nuestro te lo dedico siempre á tí, pi-diéndole á la virgen que no me olvide...

—¿Qué más penitencia que verle y no hablarle?

—Oye, mamá; ya están los pollos arrimados á su pino...

—Ya los veo... Las primeras lilas.

—¡Qué, si no hay quien convenza á su madre!... El Estado ma-yor de las berrugas... ¡Lástima que se muriera Cassola!...

—Olor de incienso, rumores de órgano, resplandor de cirios y un borbotoneo incesante de chicas guapas... Soy la puerta de igle-sia más simpática de la corte!...

—Desesperadísimo, chico... Lo menos en cuatro días no me aca-ba el sastre el gabán crema... ¡Ya ves!...

—Yo meto toda la mano en la pila, Laura, porque esa agua es dos veces bendita, una por el cura y otra porque ha introducido us-ted en ella sus dedos...

—Yo necesito darle la carta...

Y así podría continuar hasta el infinito, recogiendo los ecos que vuelan todas las tardes por el pinar, á la salida de la novena de las Calatravas.

*
**

Don José, doña Josefa, Josefina, Pepe, Pepete, Pepito, Pepitón, la Pepa, Joselín... todos han celebrado dignamente su santo. El diez y nueve de Marzo es la fecha de la apoteosis del hogar, un poema de felicidad que tiene por primera estrofa una cucharada de sopa juliana y por canto final un plato de arroz con leche. Rara es la casa que en cuanto se abre la puerta en dicho día, no despide olor á guisos suculentos. La señora de la clase media, habilidosa como ella sola y económica por añadidura, va, por extraordinario, al mercado, de mañanita, para comprar á su gusto, y luego se aposenta en su trono, en la cocina, no mostrándose á los invitados hasta el momento de servir la comida, en que se les presenta sudando y arrebatada por el calor del fuego, que no pudo borrar con los polvos de arroz al acicalarse. ¡Dulces tradiciones de la familia, que simbolizan la pura dicha del corazón honrado!

Don José, doña Josefa, Josefina, Pepe, Pepete, Pepito, Pepitón, la Pepa, Joselín... todos han celebrado dignamente su santo. Pero la miseria es muy grande, hay muchos obreros sin trabajo, muchos cesantes sin destino. ¡Cuántos infelices habrán obsequiado á sus Pepas y á sus Pepitos con un humilde pedazo de pan regado con lágrimas!...

*
**

El castellano del Duero es un viejo señor feudal que no se ha-brá enterado de que la cota está mandada recojer y de que á nadie convencen ya las tragedias amorosas de filtro y puñal; pero como el tal castellano habla en unos versos dignos del romancero y de la boca de su colega el Cid, el público del Español aplaudió con justicia á su coronista D. Agustín J. Laserna.

Ecos de trompas, rugidos de fagotes, redobles de tambor, true-nos de bombo, una verdadera explosión de armonías á toda or-questa, algo grande, hermoso, profundo, y en medio una batuta, varita mágica que crea tanto portento, y una silueta de caballero, de frac, pequeña y nerviosa. Beneficio de Mancinelli. Estreno de «Los cantores de Nuremberg». Es Wagner que pasa!...

ALFONSO PEREZ NIEVA

NOBLEZAS Y VILLANÍAS

I
Jubon acuchillado,
cuello de espuma,
lagarto rojo al pecho,
capa de puntas;
daga de muchos ganchos
á la cintura,
espada en tiros cortos,
castor con pluma,
cierta mañana
por la calle de Francos
un galán baja.

—
El justillo ceñido,
blancas las tocas,
las medias encarnadas,
la saya corta,
rematando las trenzas
en dos colonias,
por zarzillos corales,
al cuello aljofar,
una villana
por la calle de Francos
tranquila baja.

—
Requiebros y ternezas,
quejas y celos,
lágrimas y sollozos,
risas y besos,
un «¿serás mi marido?»
y un «lo prometo»
precedido el segundo
de un juramento,
escuchó alguien
que de Francos, ligero,
cruzó la calle.

II
Dicen bien los que dicen
que el importuno
más tarde ó más temprano
saca mendrugo;
y como aquel que empieza
pidiendo mucho,
si no lo logra todo
algo hace suyo,
cuenta la fama
que algo logró el hidalgo
de la villana.

Y no debió por cierto
ser cosa leve
lo que el feliz amante
debió á su suerte,
puesto que, haciendo al postre
lo que hace siempre
el que su fin logrado
se vá y no vuelve,
la pobre niña,
en lágrimas amargas
trocó sus risas.

III
Despreciada de todos,
triste y medrosa,
la verguenza ocultando
bajo las tocas,
encendidos los ojos,
muda la boca,
sin colonias al pelo
ni al cuello aljofar,
flor deshojada,
por la calle de Francos
vá una villana.

—
Mucho airón en el fieltro,
muchas espuelas,
muchas puntas de Flandes
en la gorguera,
logrando su apostura
que por él sientan
envidia los galanes,
amor las hembras,
ya sin mirarla,
un hidalgo se cruza
con la villana.

—
Y cuentan que hubo alguno
que desde lejos
viendo á la pobre niña
y al caballero,
se preguntó á si mismo,
lanzando á un tiempo
una sonrisa amarga
y un juramento:
«Diga el que quiera
cual es la villanía,
cuál la nobleza».

ANGEL R. CHAVES

ESQUELAS DE DEFUNCIÓN

Sres. D. Ramón de Campoamor, D. Gaspar Nuñez de Arce
y D. Manuel del Palacio

RESPETABLES y queridos amigos: No pueden ustedes tener idea de lo que me ha costado siempre y me sigue costando redactar una carta de pésame.

Las frases de rúbrica, el formulario del perfecto compungido, me horripila, porque es la *mise en scène* del sentimiento, tan falso y convencional como cualquier charlatanismo.

Y hallar la expresión de un dolor que se adapte al que experimenta la víctima y sirva de lenitivo á su aflicción es tan difícil, que yo no lo he intentado jamás.

En esta situación me encuentro ahora con ustedes, y en verdad que las dificultades arrecian al pensar que he de darles el pésame, no porque haya fallecido persona ligada á ustedes por vínculos de parentesco ó de amistad, sinó por ser ustedes mismos, sí, señor, ustedes, los que acaban de exhalar el último suspiro.

¿Muertos nosotros?—preguntarán ustedes—¿Desde cuando? ¿Como? ¿Donde? ¿Porqué?

Vamos por partes. ¿Desde cuando? Desde que Zorrilla entregó su alma al Creador. ¿Como? De una zorrillitis infecciosa. ¿Donde? En toda España. ¿Porqué? Porque sí.

¡Oh excelsos poetas! La prensa, esa prensa que con tanto entusiasmo proclamó en muchas ocasiones las altas dotes que adornaban á ustedes, la admiración que despertaban y los laureles que recogían por doquier; esa prensa que les erigió sendos altares y quemó á sus piés toneladas de incienso, es la misma que los ha borrado del mundo de los vivos y reparte por España las papeletas de defunción.

Zorrilla ha muerto y ha muerto matando; el pobre viejo triste, abatido y solo en los tiempos de senectud, ha resucitado de repente y su último aliento ha sido para ustedes ¡oh poetas! la espada del Angel Exterminador.

Ya no tiene razón de ser la famosa discusión del Ateneo: «¿La forma poética está llamada á desaparecer?»

Se acabó, ya no existe, desapareció cual fugaz relámpago, envuelta en el sudario del maravilloso autor de *A buen juez mejor testigo* ó *El Cristo de la Vega*.

¡Adiós Doloras! ¡Adiós Gritos del Combate! ¡Adiós Chispas! ¡Adiós originalidad! ¡Adiós profundidad! ¡Adiós ingenio!

Quien estimó maldita y miserable la mundana gloria, y con su *Tenorio* cobró anualmente el barato de la popularidad á plazo fijo, ha hecho polvo la gloria agena y astillas la poesía nacional.

Lo he leído en prosa y verso, en uno y otro periódico, firmado por literatos y poetas de reputación.

Y esos acentos doloridos, esos desconsolados ayes que han llenado de tinieblas y de lágrimas á la hispana grey, han acabado por sumirme también á mí en el más horrible desconsuelo.

¡Yo que creí que ustedes eran poetas! ¡Yo que me había hecho la ilusión de que en el pequeño reparto que la Naturaleza hace del númen, les había tocado á ustedes una partícula, una no más, de la divina centella!

¡D. Ramón, D. Gaspar, D. Manuel! ¡*Sic transit gloria Hispaniæ!* El gran evocador de leyendas, el romancero incomparable, les ha dejado á ustedes vivir mientras él arrastraba una existencia prosaica, llena de soledad, de duelos y quebrantos, indiferente al mundo exterior; pobre enfermo á quien sus lobanillos preocupaban más que la forma poética próxima á desaparecer.

Murió y se hizo el vacío en torno de ustedes. Un grito inmenso, una exclamación en que se retrataban la angustia y la desolación de todos los españoles, resonó en la prensa.

Las columnas de los periódicos lloraban como la marcha fúnebre de Sigfrido en *El crepúsculo de los Dioses*, y aquel sublime concierto de aflicción envolvió á Madrid en una niebla de lágrimas.

Ricardo de la Vega se dirigió entonces al poeta y le hizo un encargo en verso:—Si ves á mi padre en el cielo, dále un beso de mi parte—dijo el autor de *Pepa la Frescachona* al autor de *Don Juan Tenorio*.

Y aquel encargo sintetizó el dolor de todos los madrileños, porque un beso de Zorrilla era ósculo de purificación capaz de sacar del purgatorio á todas las ánimas en pena.

¡Ha muerto Zorrilla! oíase en todas partes. ¡Ha muerto la poesía! añadían todos. Y las Academias y el Ateneo y la razón social «del Castillo y Soriano y C.^a» vulgo Sociedad de Escritores y Artistas, mandaron coronas y acompañaron á la Poesía difunta por las calles de Madrid.

Y mientras el carro fúnebre se movía triunfante encerrando en su precioso seno á la única inmortalidad, ustedes yacían en tierra, putrefactos, al lado de varios poetas que yo no conocía ni de vista, de otros en estado de feto, metidos en frascos de espíritu de vino,

y de algunos ataviados de mil colores, llenos de cintas, sonrosadas las mejillas, con zapatitos de raso, y rizado y lleno de pomada el cabello; muñecas preciosísimas que despedían sin embargo insoportable hedor.

¡Con que piadoso respeto me acerqué á ustedes! Me pareció que, al verme, volvían ustedes á tener forma humana y me miraban con aquella indefinible expresión de terror y de sorpresa, con aquella inenarrable interrogación que se exhalaba del alma de Severina cuando, moribunda, preguntaba á Jacques Lautier, *¿Pourquoi?*

¿Porqué? ¿Y quién lo sabe? Nuestros dolores son así, grandes, inmensos, como nuestras ingratitudes, como nuestros olvidos. Estallamos lo mismo que bombas de dinamita y cada uno de nosotros lleva dentro del cuerpo un Ravachol.

La bomba ha estallado ahora sobre ustedes, y mañana, cuando dejen este miserable mundo, volverá á estallar sabe Dios sobre quienes.

Porque la poesía tiene en España siete vidas como los gatos. Zorrilla se ha llevado una: una y tres son cuatro, de modo que, cuando ustedes fallezcan, aun quedarán dos: Carulla y D. Mariano Catalina. ¿Quién será el último? *¿Chi lo sa?* ¡Quizá el maestro Bretón!.....

De los *Reisebilder* de Heine:

«Una fatalidad imprevista me privó sin embargo de mi café, porque un joven se colocó junto á mí para perorar, y peroró tan ruidosamente que la leche se cortó en el vaso. Era un joven viajante que llevaba veinticinco chalecos de colores variados y otros tantos sellos, sortijas y alfileres de oro. Sabía de memoria una porción de charadas y de anécdotas que citaba siempre con la mayor inoportunidad. Me preguntó qué ocurría de nuevo en Goettingne y le conté que, antes de mi salida, un decreto del senado académico acababa de prohibir que se cortase el rabo á los perros bajo multa de tres thalers, porque, durante la canícula, los perros rabiosos llevaban el rabo entre piernas, lo cual les hacía distinguirse de los que no estaban rabiosos é impediría cortarles el rabo si no lo tuviesen.....»

¿Cuántos viajeros de esos surgen en Madrid cuando ocurren acontecimientos literarios ó artísticos? ¿Cuántos han salido durante el Centenario de Colón? ¿Cuántos han expendido sellos, sortijas y alfileres de oro, y recitado charadas y contado anécdotas con motivo de la muerte de Zorrilla?

D. Ramón, D. Gaspar: recaben ustedes del Senado académico de Madrid la prohibición de que se corte el rabo á los perros rabiosos, bajo la multa de tres pesetas.

Y usted, D. Manuel, cambie el título de sus *Chispas*. ¡Escriba *V. Borracheras!*

ANTONIO PEÑA Y GOÑI



(Boceto de hace dos siglos)

©

I

Oprimiendo los hijares de un peceño trastrabado, que nieva de blanca espuma la tierra que vá pisando;

Con ropilla recamada de randas y pasamanos, de los que brillantes chispas arrancan del sol los rayos;

Con valona á lo flamenco, capotillo á lo italiano, y castor á la francesa con plumas de verde y blanco;

Seguido de treinta pajes á la gineta montados,

muy puestos á la morisca de chamelotes y rasos;

Tras de cumplir con el rito de hacer público agasajo al balcón, á que los reyes hace un momento llegaron; Refrenando el noble bruto y á las bellas saludando;

Gerineldos por lo apuesto, Gaiferos por lo bizarro,

En cierta tarde de toros, la Plaza de arriba á bajo cruza, del de Fernandina el ilustre mayorazgo.

Suspenseo el concurso entero quedóse un punto al mirarlo, que tales prestigios tienen siempre juventud y fausto,

Y en un sonoro «vitor» rompieron á saludarlo, la plebe, por lo valiente, las damas, por lo gallardo.

Después, la trompetería chillona, el aire rasgando, nuncio del primer empeño puso un sello á todo labio.



Muerte del Mués del Duero

II

Nunca del claro Jarama
desfloró el salobre pasto
animal de más empuje,
ni bruto mejor formado.

Fina y breve la pezuña,
sedoso el pelo castaño,
alta la cerviz enhiesta
y el jarrete duro y ancho,
De tal modo en son de reto
queda en el coso emplazado,
que inspira el verle pavura
y pone el mirarle espanto.

Para cumplir el empeño,
del ancho circo en un flanco,
están en primera línea
Trejo, Cantillana y Gallo.

Y aunque es de todos sabido
que son diestros consumados
en quebrar una lancilla
y en gobernar un caballo,

Impaciente ya la plebe
se dispone á denostarlos,
que inquietos los tres se miran
y ninguno avanza un paso.

Confuso clamor de pronto
se escucha de todos lados,
que al fin el de Fernandina,
mozo, y como mozo osado,

Del otro extremo del coso
parte veloz como un rayo,
con una mano en las riendas
y un arpón en la otra mano.

Al verle, el toro la arena
escarba, como asombrado
de que tamaña osadía
se adune á tan pocos años,

Y sin dar tiempo al mancebo
á que, el terreno cortando,
pueda evitar el empuje
de aquel vendabal astado,

Con el peceño arremete,
álzase el bruto de manos,
y en el borrar delantero
el mozo el cuerpo inclinando,

No se supo qué fué antes,
si hacerse el hastil pedazos,
ó rendir la vida el toro

de rabia y dolor bramando.

Empeño inútil sería
pedir á la pluma trazos
para pintar del concurso
el frenético entusiasmo.

Baste sólo con que diga
que á los mismos soberanos
se les vió, batiendo palmas,
tal arresto celebrando.

III

En una apartada estancia
de su vetusto Palacio,
el Duque de Fernandina
está triste y solitario.

Lágrimas vierten sus ojos,
sollozos hay en sus labios,
y en su mano se vé un pliego
que besa y estruja á ratos.

¡Llorar en momentos tales!
¡Está loco el buen anciano,
cuando en aquel mismo día
le estrechó el rey en sus brazos!

¡Llorar, cuando régias joyas
premián de su mayorazgo
la temeraria osadía
y el arrojito más que humano!

Llora, buen viejo, bien haces;
llora, padre infortunado,
y bien hiciéramos todos
á tu llanto en asociarnos.

El segundo de sus hijos,
oscuro y rudo soldado,
encontró muerte gloriosa
de Salsas en el asalto.

Y mientras el rey, que sabe
de sus armas el fracaso,
premia con régia largueza
los arrestos temerarios

De mozos, cuya osadía
solo se vé en el boato
de una corrida de toros,
muerte á un cornúpeto dando,

Los que en honra de su patria
vierten su sangre en los campos
logran por premio el olvido,
por galardón el sarcasmo.

ANGEL R. CHAVES.

le damos todos los gustos. ¡Como no tenemos otro!... Ven acá tú,
angel de la casa. Dale un besito á este señor.

El niño — No tero.

El papá — Vamos; sé amable, Casimirín.

El niño se me acerca y lo primero que hace es morderme una
mano. El papá se ríe; yo también me río, como los conejos desgra-
ciados; pero hay que disimular.

El papá — Las acciones están en alza según noticias.

Yo — Efectivamente.

El papá — Anda, Casimirín, dile á este señor como hace la abue-
lita cuando le pegas en la cabeza con la palmatoria... Anda, cie-
lín... Es una monada este chico, solo que ahora no quiere hacer co-
sa alguna, porque le da vergüenza... ¿Qué quieres, hijo mío? ¿Subir-
te encima de la mesa? Pues súbete. ¿Quieres jugar con el tinterito?
Pues te lo voy á dar... ¡Ay! amigo mío; estos muchachos hacen de
uno lo que quieren... Por supuesto, las acciones tendrán doble valor
cuando pasen unos días...

El niño (metiéndole á su papá una pluma por un ojo). — Estate
queto.

El papá — ¡Por Dios, Casimirín, me vas á hacer pupa!

El niño — Pues tero.

El papá — ¡Hijo de mi alma! ¡Qué mono es! ¡Y que listo! Fíje-
se V.: el pobrecito quiere saltarme un ojo y no puede.

Yo — Es una monería.

El papá — ¡Y si viera V. como nos pega á todos! Mi suegra tie-
ne el cuerpo lleno de cardenales, porque todo el gusto de este chi-
co consiste en cojer un bastón y darnos con él en cualquier sitio.
El otro día por poco mata á la criada. ¡Inocente criatura! Figurese
V. que ella salía á la compra, y el chico, desde el balcón, le tiró
un tiesto.

Yo — ¡Qué inocente!

El papá — Después, cuando vió que no había realizado su capri-
cho, se tiró en el suelo y allí se estuvo más de una hora llorando.

El niño — Tero melón.

El papá — ¿Estás loco, Casimirín? ¿Melón en Febrero?

El niño — Tero melón.

Y Casimirín comienza á gritar y á sacudir patadas á los papeles
que hay sobre la mesa. No contento con aquel destrozo, coje el tu-
bo del quinqué y lo tira haciéndole mil pedazos; después se agarra
á los bigotes del papá, lanzando gritos.

El papá — Vamos, Casimirín, no llores, hijo de mi alma, que te
vas á sofocar.

El niño — Tero melón. Ji... ji... ji...

En aquel momento aparece en la puerta del despacho la madre
de la criatura y sin saludarme ni nada, se dirige á su esposo dicién-
dole:

— ¿Qué le haces al niño? ¡Hijo mío de mis entrañas!

El papá — Quiere melón.

La mamá — Ya decía yo que algo se le había antojado al po-
brecito; pero tu no haces más que contrariarle... Ven, Casimirín, que
yo te daré lo que quieras... ¡Pepa, Pepa!

Pepa (entrando). — ¿Qué manda V.?

La mamá — Vete corriendo á una frutería y que te den un me-
lón. Dí que lo escojan bueno, que es para un niño muy delicado y
muy mono.

Casimirín, al ver satisfecho su capricho, deja de llorar en el ac-
to; pero vuelve á decir que le suban á la mesa y le den unas tijeras
para cortar papelitos.

Los papás se apresuran á complacerle y yo aprovecho la tran-
quilidad del chico, para reemprender mi conversación sobre las ac-
ciones.

Yo — Conque, don Casimiro, V. dirá.

— ¿Qué?

— Si vende V. esas acciones.

— ¡Ah, sí! Puede V. contar con... ¡Cuidado, Casimirín, que te
vas á meter las tijeras por un ojo! (A su esposa). ¿No ha vuelto Pepa
con el melón?

La esposa — No.

El niño, que se ha cansado de recortar papeles, quiere bajarse
de la mesa á toda prisa, pero se le tuerce un pié y cae de cabeza
contra un mueble.

Los papás (acudiendo en su socorro). — ¡Hijo de mi corazón!

Llora el niño, como si le estuvieran arrancando el pellejo á ti-
ras. La mamá lanza gritos de angustia; el papá se lleva las manos
á la cabeza con frenesí, y á todo esto la criada aparece con el me-
lón. El niño lo vé y quiere hincarle el diente; la mamá se apresura
á buscar un cuchillo, el papá sale de la habitación en busca de un
plato y la criada menea la cabeza con aire burlón y me dice confi-
dencialmente:

— Caballero; no venga V. jamás á esta casa á hablar de nego-
cios, porque será inútil. Aquí nadie piensa más que en el niño.

Yo cogí el sombrero y salí á la calle murmurando:

— ¡Ay, qué niño!

(Prohibida la reproducción)

LUIS TABOADA



EL NIÑO

— ¿Está Don Casimiro?

— Si señor: pase V.

— ¡Hombre! ¿V. por aquí?

— Vengo á que hablemos del asunto aquel...

— ¡Ah! ¡sí! ¿De las acciones de la Tabacalera?

— Eso es.

— Pues siéntese V... ¡Vaya, vaya!... Dispense V. un momento...

¡Pepa! ¡Pepa!... ¿Dónde está el niño?

Pepa (desde el comedor). Está aquí.

— ¿Qué hace?

Pepa — Está rompiendo el retrato de la Señorita.

— Perfectamente... Pues, sí, amigo mío; deseaba que hablara-
mos de las acciones, porque, la verdad, yo creo que... ¡Pepa! ¡Pepa!
Lo mejor será que traigas al niño aquí, porque el pobre se va á can-
sar de no verme... ¿Tiene V. hijos?

— Si señor.

— Ah, pues entonces ya sabe V. lo que son estas cosas. Yo ten-
go uno que ahora verá V.; es precioso y está algo consentido porque

EL RETRATO DE CELIA

«Ayer, Celia encantadora,
vi tu flamante retrato
en que ostentas escotada
desnudo el pecho y los brazos.
De guardar, como las fiestas,
deben ser esos encantos,
pues al verte de ese modo
muchos dirán: «¡Guarda, Pablo!»
No creerán que esos hechizos
son, pues das en pregonarlos,
de mirame y no me toques,
sino de mirame y págalos.
Si hoy dejas ver los rostros
que me eran á mi tan caros,
haces creer que ya, ahora,
andan mucho más baratos.
Ya, Celia, los maliciosos
podrán decir que ese paño
en el arca no se vende
y es menester anunciarlo.
O ¿es que quieres que se sepa
que eres tú de pecho blando,
y no has de hacer un desaire
á tus cien enamorados?
Que tú te muestres desnuda
no debiera tolerarlo
después de la mucha plata
que yo en vestirme he gastado...

Desnudo pudiera yo
mostrarme, que al fin y al cabo,
á ti te dejé vestida
y yo me quedé al contrario.
Si te tapó tantas cosas
la tía que Dios te ha dado,
¿cómo no te tapa todo
lo que se vé en el retrato?
Son esos bellos primores
cebo para los incautos,
á quienes prisión apresta
el garlito de tus brazos.
Yo haré, si puedo, que todos
los que miren tus encantos
se miren en mi primero,
que es el medio de salvarlos.
Adios, y que de tu tía
tomen ejemplo tus trapos,
que se harán encubridores
con ventaja del recato.
Mira que puede la gente
decir que son tus retratos
albaranes de tu cuerpo
desde que yo me he mudado.»
Esto dijo á cierta daifa
un mocito de mi barrio,
á quien abrió el escarmiento
las puertas del desengaño.

JOSÉ ESTREMERÁ

LAS MANIOBRAS Á VISTA DE PÁJARO

(CARTA DE UN JILGUERO)

I

Fraga. Nido del bosque. Amada esposa:
Al salir hoy la aurora he recibido
en la hoja del capullo de una rosa,
tu carta, que en las alas me ha traído
nuestra querida y buena mariposa.
No te quiero decir, porque no puedo,
todo lo que he gozado,
cuando, casi con miedo
de morir en mis dichas asfixiado,
acurracado en nuestro blando nido
he descifrado, en la hoja perfumada
de la flor más pequeña que ha nacido
(te lo juro por mi alma enamorada)
el poema más grande que he leído.
¡Gracias, gracias, hermosa compañera,
que hasta ausente me has hecho tan dichoso
que he entonado hoy el cántico glorioso
de aquella noche azul de primavera!

II

Conque ¿se te hace larga nuestra ausencia
y ó yo voy pronto ó te vendrás conmigo?
Tén paciencia, hija mía, té paciencia...
Verás por qué lo digo.
¡Que infames son los hombres! Yo no había
tendido nunca el vuelo
mas allá de los picos de la sierra,
y como hasta hace poco no sabía
que el pedazo que veo yo de cielo
no tapa todo el hueco de la tierra,
y nunca ha habido guerra aquí en el llano,
no sabía que hay sitios en que hay guerra,
¡lucha á muerte de hermano con hermano!
Hoy, hablando en la playa de la fuente
con el jilguero viejo, de esa gente
que á turbar nuestros cantos ha venido,
verás, rayo de sol, lo que he sabido.
Tú ya recordarás... (¡y quien olvida
los recuerdos mojados por el llanto!)
que el pensar aquel día en tu partida
con esos hijos que adramos tanto,
fue porque, desbordándose traidores
por barrancos y valles y montañas,
aquellos bandos de hombres cazadores,
como quien dice de hombres sin entrañas
al ver en grave riesgo la existencia
de esos hijos queridos,
pusimos, por el medio prevenidos,
una valla al peligro con tu ausencia,
quedándome yo aquí para avisarte
si hacia ese lado avanzan algún día...
si es que antes no me muero... ¡sin mirarte,
que es lo que temo yo de mi agonía!
Pues bien ¡angel de luz de mis amores!
¡En que mundo vivimos!
Todavía al creer lo que creímos,
no vimos el horror de los horrores!
Estos hombres son aún más desalmados,
aunque al pronto parece eso mentira;
son soldados traidores...

¿Que qué son los soldados?
No lo sé á punto fijo, pero mira:
¡Mas malos que los mismos cazadores!
Figúrate que llevan inhumanos
las máquinas aquellas
que echan rayos y truenos y centellas,
y frente á frente, hermanos contra her-
[matos,
se cazan y se dan muerte con ellas.
¿Que por qué? dirás tú. ¿Por qué se hieren?
Por poder apropiarse unos rastros,
por si son unos blancos y otros rojos,
y cuando no es por nada porque quieren.
¡Ya ves! Pues esa infamia tan sin nombre
entre los animales es la guerra,
y esos son los soldados y ese el hombre
que es el rey de la tierra!...
¡Rey de la tierra! ¡pobre mundo el día
que nosotros hiciéramos lo mismo!
Suerte que, para gloria tuya y mía,
desde el pájaro al hombre hay un abismo!
¿Porque tenga uno más plumas pintadas
y á un lado ó á otro del arroyo el nido
nos vamos á matar á picotadas
como hacen esas gentes que han venido?
No, no; que aunque tengamos nuestros
[peros
y reamos al fin de mil maneras,
todos somos jilgueros...
(menos vosotras ¿eh? que sois jilgueras.)

¿Y en vista de todo esto, habrás creído
que, al sembrar de amarguras esta tierra
esos hombres sin alma, habrán venido
á matarse unos á otros en la guerra?
Pues vienen á algo peor... ¡quien lo diría!
¡á aprender á matarse!... y todavía
al gefe que los manda
en premio de su noble valentía
le colgarán del pecho alguna banda,
que en eso, en unas cintas de colores
fundan todo su orgullo y sus honores...
¿Verdad que te parece esto increíble?...
¡Si por algo mi madre me decía:
Para huir de los hombres, alma mía,
témale siempre al mal más imposible!

III

En fin, por hoy no quiero entristecerte
con mas miserias aún de las que cuento;
suframos con paciencia nuestra suerte,
que yo, pensando en tí y en que he de verte,
con esto y no ser hombre estoy contento.
No te muevas del nido; á los polluelos,
que estarán hechos ya unos jilgueros,
no les dejes que alarguen aún los vuelos
y dales un millón de picotazos.
Y á tí... ¿que he de decirte hermosa mía?
Para poder decir lo que querría,
rayo de luz del sol de mis amores,
igual que si á mi lado te tuviera

pongo en mi amante pico el alma entera
y te beso las plumas de colores.
¡Acuérdate de mí! Si es que me muero,
se fiel á mi memoria,
y que caiga mi sangre de jilguero

como un borrón sobre la negra historia
de esos hombres que, reyes de la tierra,
tan grandes nos habían parecido
y hoy veo tan pequeños desde el nido
aprendiendo á matarse por si hay guerra!...

MARCIAL DE LOS RIOS

UNA PROPORCIÓN

I
La acción, calle de Alcalá,
cerca de la de las Torres.
Personajes—Yo, que vengo
de hacer que Apolo me tome
un juguete en un acto.
Ellas, que bajan de un coche,
frente á San José. Me embozo;
es inútil, me conocen,
me llaman y van andando
hacia el puesto de las flores
—sin dejar de hacerme señas—
Digo para mi capote
«hay que pagar, me resigno»
extremo las atenciones
para ocultar mi disgusto
y... «Venga usted acá, mal hombre,»
dice dándome la mano,
la mamá que aún esta joven.
«Tanto tiempo»... Oiganme aparte
porque se trata, señores,
de una madre y de una niña
que parten las corazones.

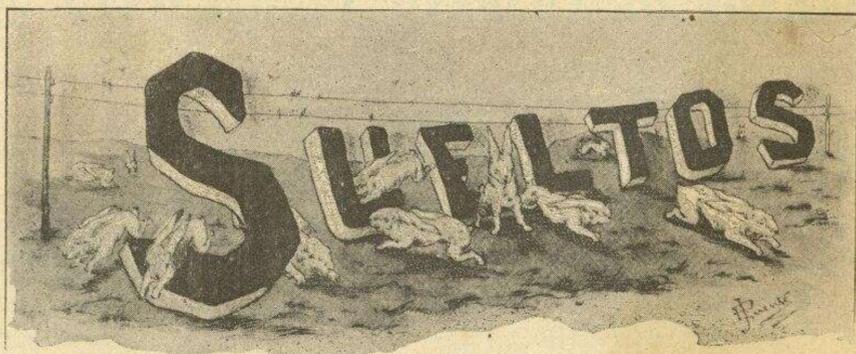
II

—Señora Doña Cecilia,
¿como vá?—Divinamente.
—¿Y usted, niña?—Intercadente.
—Lo deploro.—¿Y la familia?
—Pasando, sin novedad.
—Vaya, muy bien me parece.
—Y esta niña, ¿qué padece?
—¿Qué ha de ser? Ociosidad.
Como no está contratada...
—¿No?—Me ha faltado favor.
—¡Tan guapa!...—¡Y tiple, señor!
—¿Absoluta?—Acumulada.
Corista quise decir.
—Ya.—Pero el año que viene
primera tiple.—¿Si?—Tiene
un brillante porvenir.
—Poco á poco haré carrera.
—De prisa, que no me duermo.
Este año ya Don Guillermo
la ha ascendido á trompetera.
—Siempre ha tenido soltura.
—Delgado me lo decía...
«El día cuarto, ya habia
tomado la embocadura.»
Luego es tan marcial...—Acaba,

que me enciendes de rubor.
Lo que ha de hacer el señor
es recomendarme á Eslava.
—¿Yo? De mis horas felices
no veo ya ni reflejos.
Talia les dá á los viejos
con la puerta en las narices.
Y hace bien, que es un encanto
la juventud y un consuelo.
Yo ya me he cortado el pelo.
—¡Como tenía usted tanto!
En fin...—No lo comprometas...
—Pronto—no aventuro nada,
la verá usted contratada
con venticinco pesetas.
Si, señor, ó pierdo el nombre...
—Ojalá sea verdad.
—¡Si es una especialidad
para llevar traje de hombre!
Conoce hasta sus perfiles.
Ya en sus juegos, mi Adelina,
mostró desde chiquitina
sus instintos varoniles.
Se daba golpes mortales
con sus juegos peligrosos.
¡Cómo imita á los gomosos!
—¡Anda, y á los colegiales!
—¿Y á los calaveras ricos?
—El cuento de no acabar.
—No lo puedo remediar...
Me pirro por hacer chicos...
Me han visto muchos autores
y les he gustado mucho.
—Uno gordito y machucho...
uno que es de los mejores...
¿Cómo se llama? ¿Lo ves?
¡Qué memoria! Tripudillo,
mucho bigote, alegrillo...
—¿Navarro Gonzalvo?—Eso es.
—¡Qué listo, qué vivaracho!...
Le ha dicho... «¡Vaya si es lista!»
En mi primera Revista
prometo hacerte un muchacho...»

III

Vi que empezó á lloviznar,
saludé y después partí,
diciendo: «Me voy de aquí
por lo que pueda tronar».

RAFAEL M.^a LIERN

Al pisar hoy la arena de la prensa, PLUMA Y LAPIZ, que viene á la vida tan sin pretensiones que ni siquiera programa se atreve á hacer, saluda humildemente al público y á la prensa en general, y muy particularmente á todas las publicaciones de su misma índole.

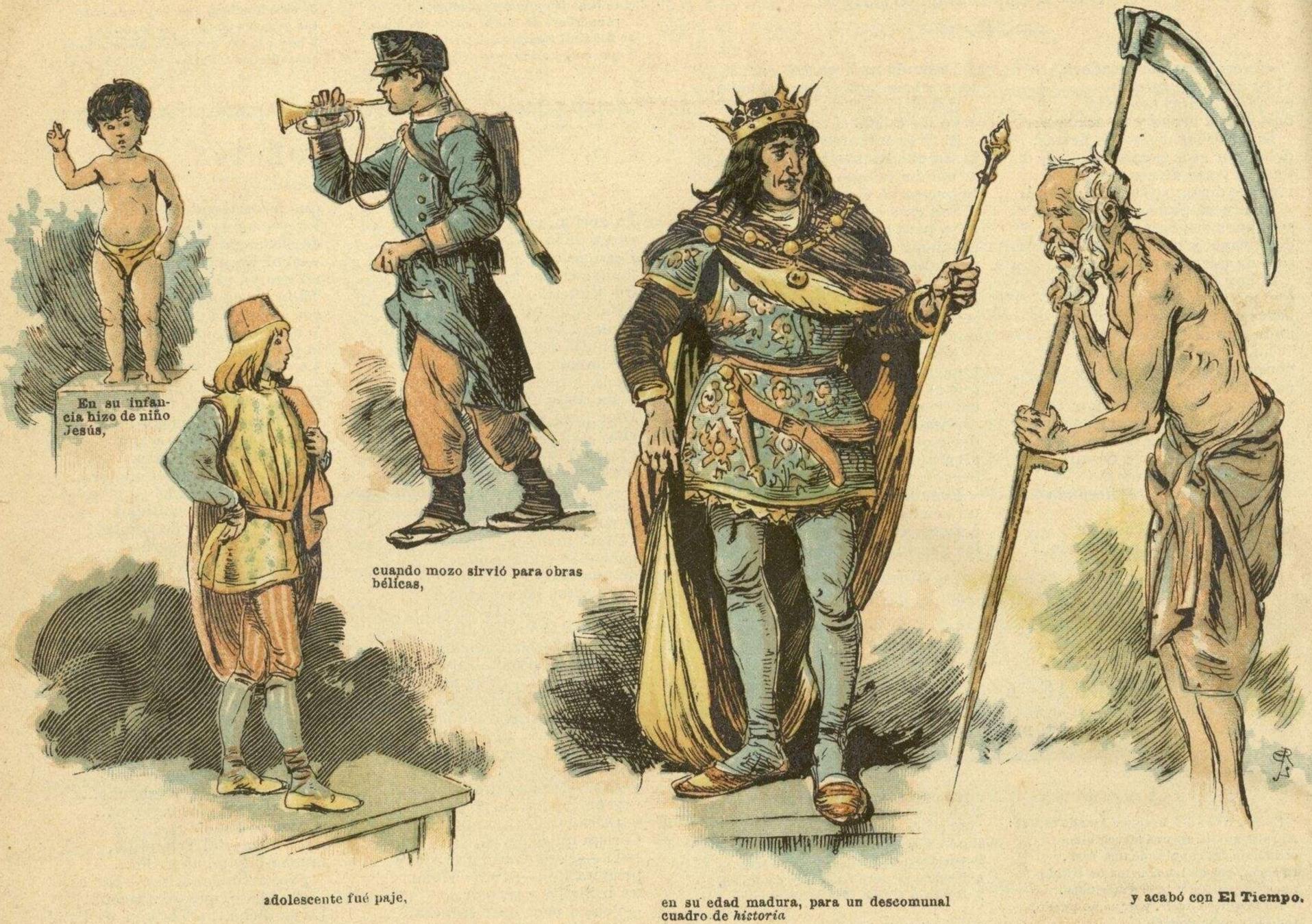
Y ofrecido á todos el testimonio de su consideración y sus respetos, les besa manos ó pies, según los sexos, y se retira modestamente por el foro.

Deseando que ilegue la semana siguiente para volver á besárselos otra vez.

Y otra vez á la semana siguiente.

Y así sucesivamente hasta el día del Juicio Final.

Desde el número próximo abriremos en nuestras columnas una sección titulada «Correspondencia particular», en la cual contestaremos á los Sres. que nos honren enviándonos trabajos para el periódico.



FARMACIA DEL DOCTOR VIDAL QUER
 CALLE GUARDIA, 16. — BARCELONA
JARABE DE FOSFATO Y ARSENIATO SÓDICOS, CREOSOTADO
 Poderoso reconstituyente, completamente asimilable,
 necesario á los enfermos de afecciones pulmonares y demás del aparato respiratorio
 FRASCO 2 PESETAS

CONOCIMIENTOS PARA LA VIDA PRIVADA
 HISTORIA, HIGIENE, MEDICINA-LEGAL
 POR **V. SUAREZ CASAÑ**

TÍTULOS DE LOS TOMOS DE LA COLECCIÓN: I. La prostitución.—II. Secretos del lecho conyugal.—
 III. La Virginidad.—IV. Onanismo conyugal.—V. Los vicios solitarios.—VI. La Pederastia.—VII. Fe-
 nómenos sexuales.—VIII. El matrimonio y el adulterio.—IX. El amor Lesbio.—X. Costumbres y
 vicios sexuales de todos los países.—Precio de cada tomo suelto 50 céntimos. Toda la colección de los
 diez tomos ricamente encuadernados, 5 pesetas.

M. MAUCCI
 CONDE DEL ASALTO, 9, LIBRERÍA. — BARCELONA

REGENERADOR
 UNIVERSAL
 EL MEJOR TÓNICO,
 DEPURATIVO
 Y RECONSTITUYENTE

Cura todas las enfermeda-
 des debidas á la impureza ó
 debilidad de la sangre: ra-
 quitismo, escrofuias, flu-
 jos, clorosis, anemia, des-
 arreglos menstruales,
 herpes, venéreo, & &

Los débiles, linfáticos y
 convalecientes deben tomarlo

DEPÓSITO: J. URIACH Y C.
 Calle de Moncada, 20. — BARCELONA

PLUMA Y LAPIZ

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

España. semestre 6 Pesetas
 Ultramar y extranjero. un año 18
 TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN BUENOS AIRES

D. EMILIO A. COLL. — Calle de Chile, número 2164

Se admiten anuncios para este periódico